

ONCE UPON A TIME

Había una vez... posiblemente ese podría ser el nombre que se le hubiese dado a la fotografía cuando se inventó antes de la mitad del siglo XIX. Un invento que se hubiese llamado Había una vez..., así como suena, con sus tres puntos suspensivos, pues algo va a suceder cuando alguien está enfrente y ese algo está en el terreno de lo ya sucedido, de lo que ya ha sido fijado en una huella como hasta entonces no había existido, una huella que es lo único en lo que se puede estar claro desde cualquier punto de vista para definir a la fotografía.

Pero el mundo optó por el componente técnico para designar a sus cosas y aparcó lo poético para la poesía. No obstante, el invento supero lo maquinal y práctico y empezó a formar parte de un nuevo imaginario mágico de una sociedad que empezaba a acelerar y clasificar todo para sacar un máximo provecho y rendimiento de las cosas. Y el nuevo invento de esta manera se extendió y llegó a todas las partes posibles como hasta ahora no lo había hecho ningún otro invento. ¿Quién no quería tener una huella del tiempo? ¿Quién se podía oponer a tener el registro matérico de lo que fue una vez? ¿Cómo negarse a coquetear en un espejo del tiempo? El mundo nuevo se lleno de dinero, de velocidad y de pragmatismo y la nueva máquina se introdujo por todos los campos posibles de tal forma que en pocos años dejó de poder ser controlada y desarrolló por si misma una inmensidad de pruebas que resisten al paso del tiempo y al uso que una vez tuvieron y hoy en día son bombas poéticas siempre proclives a ser leídas, interpretadas, repensadas, revividas... Había una vez un mundo que inventó algo especial para ordenar todo y para aferrarse al mundo y el invento se reveló en silencio y poco a poco fue dejando sus huellas esparcidas para frenar al futuro, para si no burlar, si confundir a la muerte.

Con este imaginario que plantea Fernando Bayona se puede ver el juego de la fotografía desde sus posibilidades narrativas. Aquí la huella es burlada pues el Había una vez... se traslada a su origen de ficción y con él se trampea, sin

necesidad de ocultar la parafernalia de la trampa, el sentido de la narración. Todo es un escenario y todo es un album de fotos, una narración lineal con un principio y con un fin en torno a una ficción de otra ficción. Todo son sombras construidas con otras sombras y sin embargo todo se muestra nítido, preciso, palpable, posible. La mentira del cuento de princesas, la mentira del circo, la mentira del espectáculo... ¿La verdad de la huella?

Rafael Doctor Roncero